

Perfil Humano de Julio Barrenechea

Por SERGIO MONTECINO

Cuando el pintor Isaías Cabezón (el recordado "maestro" Isaías) falleciera, Julio Barrenechea pronunció en el cementerio un memorable discurso que así comenzaba: "Isaías Cabezón no ha muerto; se nos ha muerto".

Esa misma frase, parodiándola ahora, podemos repetirla, cuando nuestro querido amigo comienza el largo camino del recuerdo: "Julio Barrenechea no ha muerto; se nos ha muerto."

Nadie que le conociera podrá olvidarle.

Su espíritu era un gigantesco y generoso abrazo de amistad. Su presencia hacía todo liviano, grato, llevadero, permitiendo que las horas compartidas con él se tornaran breves. De ahí la pluralidad de amigos, de ahí ese "río de amistad", metáfora que gustaba repetir y que pronunciara don Arturo Alessandri en el discurso fúnebre en la tumba de don Agustín Edwards. Este discurso Barrenechea se lo sabía de memoria y le encantaba recordar recreándolo con emotiva expresión, con la sabiduría ejemplar como nuestro poeta sabía encontrar en las frases que pronunciaba la modulación exacta.

En nuestra historia literaria y política han sido no muchos los que han sabido atraer hacia su verba inspirada el fervor de la multitud. Tal vez y casi en un polo opuesto lo fue Luis Oyarzún, cuya dicción perfecta llamaba a la admiración por su encanto y excelencias. El discurso de Luis Oyarzún era un canto poético, una canción cristalina, que escuchándole daban deseos de que nunca terminase. Julio era un tribuno venido tal vez de la Convención Francesa; un tren en marcha que se arrancó de la Revolución Francesa para llegar a los corazones chilenos con el ímpetu de un mariscal de la elocuencia. Una especie de viento, la fuerza de un viento austral que batiese el pasto en la pradera. Su potente voz, modulada con el hermoso timbre del barítono que canta un aria célebre, era como para doblegar las arboledas del parque o arrastrar nubes en el cielo.

(Eolo soplando fuerte e inspirado, soplando velámenes hasta la orilla de la laguna).

Le recuerdo hablando magistralmente en el Salón de Honor de la Universidad de Chile en el ho-

menaje a García Lorca. El poeta Barrenechea recitando emocionado el verso del poeta granadino de su obra "Bodas de Sangre": "Bendito sean los trigos porque mis hijos están bajo ellos. Bendita sea la lluvia que moja la cara de los muertos. Bendito sea Dios que nos tiende a todos juntos para descansar". Versos que Barrenechea hacía suyos en ofrenda a García Lorca, versos que hoy nosotros musitamos por lo bajo junto al féretro de nuestro poeta amigo.

Le recuerdo, otra vez, arengando a la multitud universitaria arremolinada y explosiva reunida en uno de los patios de la casa central universitaria. En lo alto del corredor el tribuno imponiéndose con su porte de decatleta, enfervorizando el grito en la garganta. Líder de una juventud esperanzada. Campeón de los ideales de una etapa de la vid cívica.

Algún Dios oculto le tomó de la mano para guiar sus pasos de caudillo juvenil.

Lo mismo ocurría dentro del hemiciclo parlamentario. Lo mismo ocurrió más adelante cuando presidió las misiones diplomáticas en Colombia y la India. En la India donde su fino humorismo le llevaba a decirnos que vivir allí y tener que asistir a tantas recepciones oficiales donde se hacían presentes tan diversos personajes venidos de Oriente y otros países (príncipes, marajás, sultanes, africanos, árabes como arrancados de las páginas de "Las mil y una noches") era casi lo mismo que asistir a esos carnavales de las Fiestas de los Estudiantes que le tocaba presidir, otrora, cuando era presidente de la Federación de Estudiantes.

Justamente este humorismo que le latía en lo íntimo y que afloraba en cada instante de su conversación le llevaba a celebrar y aplaudir las ocurrencias propias y las de los demás, haciéndole reaccionar con sonoras carcajadas para rubricar las inventivas de sus compañeros de tertulia. Parecía un niño gigante, que no terminaba de crecer.

De esta vena humorística de Barrenechea, felizmente, nos queda su libro "Frutos del País" (ya el título es un acierto), y que es testimonio de sus andanzas, sus experiencias, de su amistad y conocimiento de las gentes pintorescas de su tiempo. Y quién sabe si no sería de lamentar que su vida en el escenario de la diplomacia le restara tiempo para aumentar este aspecto de su rica minerva creadora. Cronista admirable con sabor y poesía inéditos, sabía decir las cosas espléndidamente.

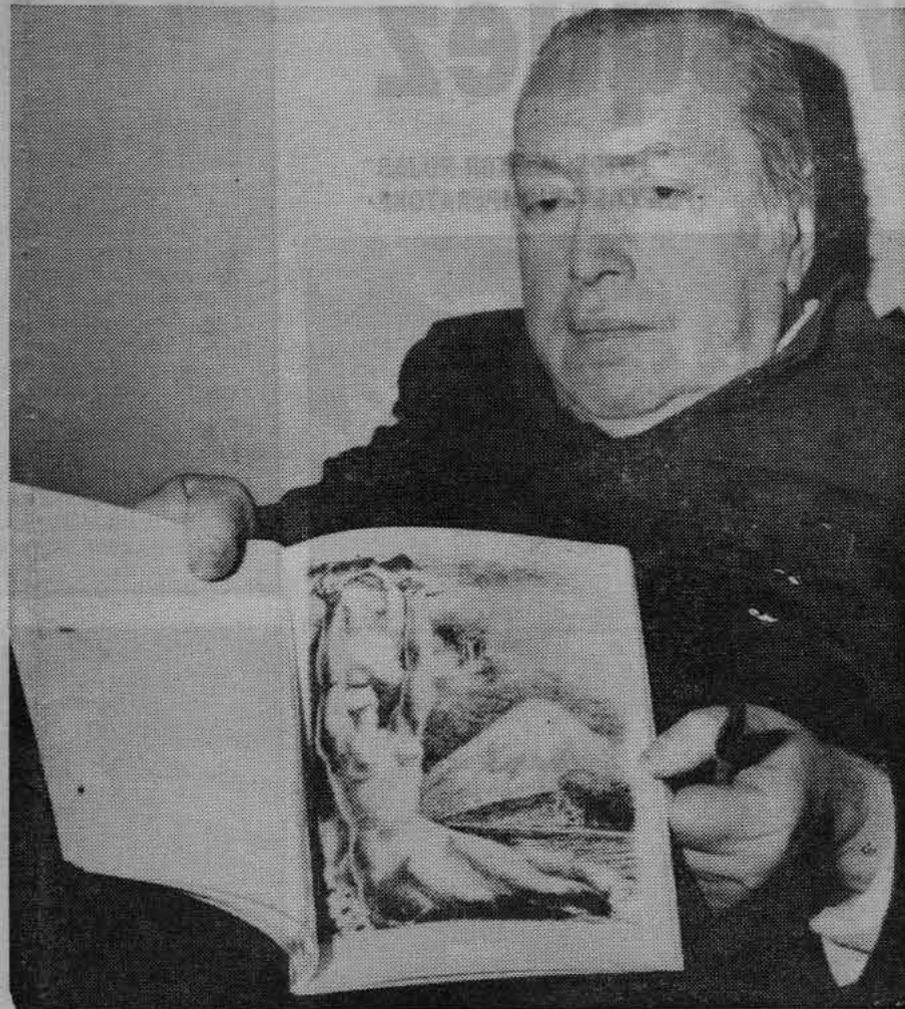
"Julián Barrenechea" le llamaba don Carlos Atienza, porque decía que el nombre de Julio le quedaba chico. Hace justamente un año, en el Instituto de Chile, ofreció una admirable disertación del panorama literario de Colombia. Fue una fiesta de la inteligencia por la suprema manera de expresar las ideas. Nunca faltaron en este estilo de sus disertaciones la nota humana, el tono afectuoso, el calor humano, que acercaban al auditorio a su propia sangre, al borbotonear de la sangre de su verba, de su decir, de su escogida palabra, de su verso sutil. "Hoy he besado rosas blancas, definiré la suavidad", dice el dictado de su inspiración poética.

Gustaba cantar, le apasionaba el drama lírico, se identificaba con algunos de sus personajes célebres. Cantaba los pasajes completos de las arias inmortales. El mismo en sus años de adolescencia subió al escenario de nuestro Teatro Municipal para integrar las comparsas que llenan el tablado, episodios que nos narraba con la simpatía del colegial que comete una picardía.

Muchas serán las oportunidades en las que su personalidad seguirá presente. "Julio Barrenechea no ha muerto; se nos ha muerto". Es su propia frase la que repetimos ahora cuando concurre a la cita mortal.

Un ser como él que en los momentos más dramáticos siempre sabía encontrar una salida graciosa, no podía dejar de dictar su propio epitafio. Riéndose un poco de sí mismo, reclamando por su apego a la vida que tantas satisfacciones le brindara y, asimismo, instantes muy trágicos, resistiéndose al abrazo de la muerte, quería para su tumba una lápida que dijese: "Aquí yace el poeta Julio Barrenechea... contra su voluntad".

Un hombre como Julio Barrenechea no puede sino alcanzar la inmortalidad. Porque los poetas no mueren.



"Aquí yace el poeta... contra su voluntad".

Poesía chilena

Maduro de Esperar

Maduro de esperar mis juventudes,
cansado de inventar mi propia suerte,
veo pasar la vida en cada trino,
en cada soledad, en cada muerte.

Hoy un parrón quizás en el recuerdo,
un perfume de sal de mores fríos,
un cabello de llamas en el lecho,
un andén provinciano en el estío.

Una gran rebeldía en el camino,
el recuerdo de viajes ya perdidos,
un largo atardecer, un largo vino
bebido en mi Santiago peregrino.

Un viento de nostalgia azota y quiebra
los tristes ventanales del exilio;
el Pacífico me baña en otras tierras,
pronuncio el nombre "patria" en otro sitio.

Pasan mis siglos lentamente y quiero
reposar en chillanes ya perdidos,
recorrer esos mil valparaíso
que hay en cada pedazo de mí mismo.

A esta hora es poco lo que pido;
sólo el pan, sólo el aire, sólo el vino,
la libertad de ver a mis montañas,
la libertad, en fin, por la que vivo.

ARMANDO CASSIGOLI

Ciudad de México-Julio de 1979

Cuaderno Literario "AZOR"
Número XXIII - Septiembre 1979, Barcelona.